

Biblioteca Pública

26

REVISTA COSTARRICENSE

DIRECTORA:
SARA CASALVda. DE QUIROS
 Apartado 1239
 OFICINA mi casa de
 habitación Nº 2730
 Teléfono 3707
 BARRIO: LA California
 Av. 1ª Calles 27-29

Suscripción Mensual
 —de—
 cuatro números
 ₡ 1.00

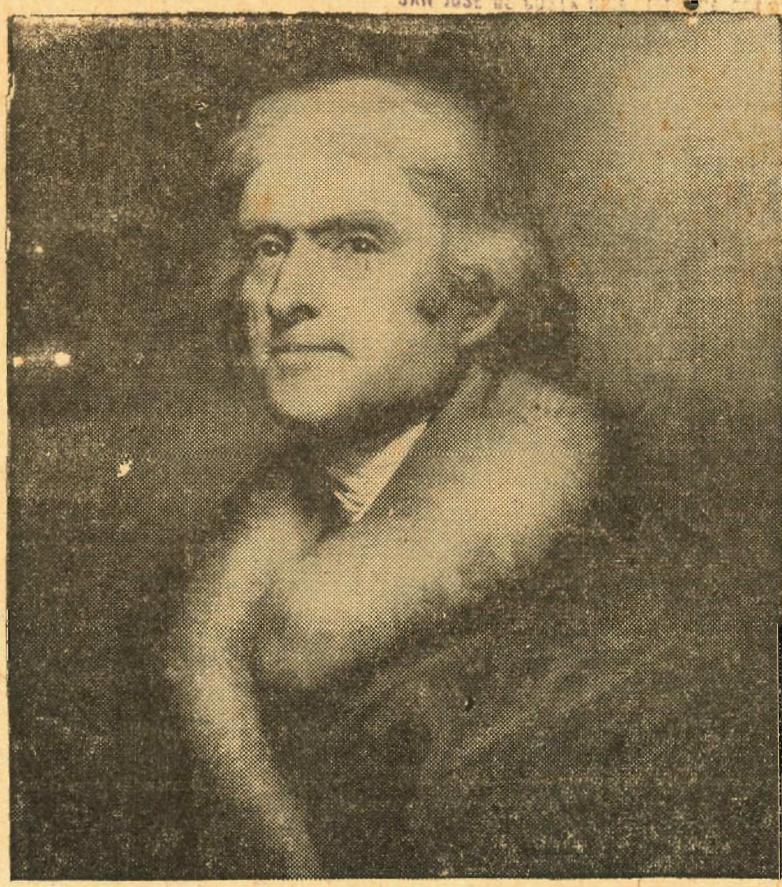
PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR
 Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
 Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

AÑO XVIII

San José, C. R., Domingo 31 de Agosto 1947

No. 742

OFICINA DE CANJES
 SAN JOSE DE COSTA RICA



Tomás Jefferson, uno de los más grandes patriotas revolucionarios y autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos adoptada en Filadelfia el 4 de julio de 1776. Fué ministro en Francia, vicepresidente y luego presidente de los Estados Unidos por dos periodos consecutivos. Murió el mismo día en que murió John Adams, el 4 de julio de 1826, quincuagésimo aniversario de la adopción de la Declaración de Independencia. (Oleo de Rembrandt Peale.)

Para reflexionar

Los médicos aconsejan, como favorable medida higiénica, que se concedan al organismo algunos ratos de descanso, por ser conveniente interrumpir nuestras cotidianas tareas para reanudarlas más tarde con mayor energía.

¡Cuánto más no ganarían la higiene moral y la intelectual si se concediesen análogas pausas a los habituales trabajos y cuidados!

La sabiduría antigua al decir "Conócete a tí mismo" no ignoraba del todo q' son útiles y necesarios en la vida del hombre estos momentos de calma para poderse entregar a reflexiones solitarias. Los Santos Padres, los Apóstoles y Santos de todas las épocas no cesaron de dar ejemplo y de predicar esta necesidad.

Por esto, encontramos en las tradiciones de la vida cristiana, y aun en las de ciertas escuelas filosóficas, una costumbre muy antigua y sumamente eficaz que consiste en sustraerse ya una hora, ya media, ya un cuarto, por la mañana o por la noche, o bien algunos días del año, al torrente de ocupaciones e inquietudes profanas para examinar el estado de nuestra conciencia ante Dios, para echar a nuestra alma y a cuanto nos rodea una sincera ojeada, limpia de todo deseo que no sea el de practicar el bien. Con este estudio leal y religioso, el espíritu se ilumina, se fortifica y se perfecciona.

Al preguntarle a Newton cómo descubrió las leyes de la gravedad, respondió:

—"Pensando en ella"

De igual modo, para descubrir el importante secreto de formarse un carácter y un alma de cristiano, es necesario pensar en ello.

La esencia misma del cristianismo, el centro donde convergen su teología, su filosofía y su moral, no es más que esta verdad primitiva que el Catecismo nos enseña en la infancia: "Dios nos ha creado —para conocerle—, amarle, servirle—, y merecer así la Vida Eterna". Todo se encierra en estas breves palabras, que el hombre debe comprender para mirar todas las cosas bajo este prisma, y hacerse cargo de los deberes que de ellas se derivan.

Con el fin de guiarnos, y ayudarnos en estos períodos de soledad y meditación, se han escrito muchos libros que tratan exclusivamente de la llamada "Vida interna", en los cuales se estudia el trabajo que es preciso emprender para excitarse el amor de Dios, y ser así cada vez menos accesibles a las tentaciones del mal y menos propensos a debilidades y caídas.

Algunos de estos libros, tales como los de San Agustín, Santa Teresa, San Bernardo, San Buenaventura, Bossuet, y otros, son perfectos y excelentes, pero, fuerza es confesar, la inmensa mayoría de los cristianos, obligados por su estado a vivir en el mundo, rara vez saben, o solo lo saben excepcionalmente emplear en su meditación el continuado esfuerzo y el recogimiento que semejantes lecturas requieren, para producir sus frutos.

¡Forzosamente han de ser escasas en número las almas quienes, como María, sea permitido escoger la contemplación por único alimento.

Pero como la vida de Marta tiene también sus méritos, y por otra parte, es el destino de la casi totalidad del género humano, existen, —aparte de estas obras de elevado y sublime misticismo—, otros libros más modestos encaminados a hacernos ver con claridad, no sólo el fin real y definitivo para que fuimos creados sí que también los medios de realizarlo, los escollos que hay que evitar y los deberes que es menester cumplir. Haciéndonos ver lo que Dios quiere de nuestro celo para servirle en las innumerables circunstancias de cosas y personas, que en este mundo nos ofrece el medio en que vivimos y trabajamos.

Estos libros vienen a ser, comparados con los primeros, lo que las obras prácticas son respecto a las puramente teóricas. Enseñan a poner en acción las nociones especulativas de la fe, —a pasar del terreno de la teoría al de la práctica, a emplear con provecho las fuerzas adoutridas, —a no perderlas en aplicaciones mal entendidas, —a moverse libre y victoriosamente, entre las dificultades internas y las que preceden del exterior.

Mientras que los libros propiamente devotos

y espirituales estudian los medios de conocer a Dios y amarle, los de meditación práctica nos enseñan la manera de servirle mejor.

Los primeros, la Imitación de Jesucristo, por ejemplo, son de carácter duradero y universal, porque el amor divino es, por su naturaleza, único en todos los corazones, cualesquiera que sean los individuos y los siglos.

Los segundos necesitan ser renovados de con-

tinuo, porque los medios de servir a Dios son muy diversos y variables en su forma, según son las épocas, las costumbres generales y las esferas en que se efectúan.

Los principios son inmutables como la eternidad, pero las consecuencias que de ellos deducimos varían indefinidamente.

P. Adolfo De Dios, S. J.

Santa Rosa de Lima

Su Fiesta: 30 Agosto

La Santa Iglesia ha dado a la América por Abogada y Patrona a la joven peruana, conocida de todo el mundo por Santa Rosa de Lima. No fué este el nombre que se le impuso en el santo Bautismo, sino el de Isabel, en honor y recuerdo de su abuela. Por Isabel la reconocían en casa y en la parentela cuando su madre, que dijo haber visto formarse en el rostro infantil de la niña, unos hermosos pétalos, la llamó "su rosa" y Rosa fué llamada desde entonces.

Nació en los últimos años del siglo diez y seis cuando en Perú y en el resto de la América Latina, no se hablaba de otro tema que de batallas contra los indios, de hallazgos de oro y plata y de las riquezas fabulosas, que ostentaban los templos de Incas y Aztecas. La preocupación principal de los conquistadores españoles y sus descendientes era apoderarse de las inmensas riquezas, que la tierra virgen de América les ofrecía. Precisamente el Perú aventajaba a otras tierras conquista-

das por la variedad y abundancia de los metales preciosos. De aquí la importancia que muy pronto adquirió el Virreinato del Perú, cuando lo que después se llamó República Argentina, tan escasa importancia tenía a los ojos de los colonizadores, Perú arrastraba hacia sí todas las iniciativas y los esfuerzos.

En aquel mundo de combates, de intrigas, de hambre y sed de riquezas y del boato de la vida, nació Rosa de familia, no pobre y humilde, sino de la clase media, bastante bien acomodada. La tradición recuerda que la niña era una beldad y que, pasando los años, aquella hermosura infantil se mantuvo en toda su lozanía juvenil. No faltaron pretendientes a Rosa; pero ella había resuelto desde muy jovencita consagrarse al Señor; decisión, que le ocasionó muchos disgustos y ratos amargos a causa de su madre, cristiana mediocre, como tantas, que jamás comprendió la existencia de un ideal más alto en la vida cristiana.

Ninguna complicación nos ofrece la existencia de Rosa: fué una vida sencilla, monótona, que se prolongó hasta los 31 años ocupada en los ejercicios de piedad y en los trabajos domésticos, propios de una joven honesta y casera. Algunos suelen creer que Santa Rosa fué monja; nada más contrario a la verdad. La joven Rosa no profesó en ninguna Orden Religiosa femenina, ni vistió el hábito de ninguna Congregación, ni vivió cerrada en convento alguno. Fué una joven seglar, que pasó su vida en compañía de su hogar familiar. Pero desde muy jovencita se hizo miembro de la Orden Dominicana, por haber sido recibida en la Orden Tercera de Santo Domin-

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTES Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

Avisamos a los agentes a quienes les hemos mandado el estado de sus cuentas y no nos han contestado, que en el próximo número publicaremos sus nombres.



MEDALLAS DE LA VIRGEN MILAGROSA

Ya nos llegaron pequeñas para venderlas a 20 centavos cada una. Por cientos haremos descuento..

go. Como Terciaria Dominicana llevaba vestidos burdos y austeros, que alguna semejanza tendría con los hábitos de las Religiosas de Santo Domingo.

Por eso Santa Rosa puede ser el modelo de todas las jóvenes cristianas, que quieren vivir seriamente según las normas del Evangelio. A las jóvenes de los Círculos de Acción Católica les ha de hacer mucho bien el tomar por modelo a la Santa de Lima, pues como ellas, Santa Rosa vivió en el siglo, salía de casa, iba a las iglesias de la ciudad, acudía a las funciones parroquiales, caminaba por las calles y muchas veces tendría que conversar y



¡En excelente condición!

Si la madre tiene la menor dificultad en dar de alimento ella misma al bebé, Cebada 'Patent' de Robinson junto con leche de vaca es un sustituto excelente. Generaciones de madres felices y bebés con buenísima salud han comprobado su valor!



CEBADA 'PATENT' de ROBINSON

Agentes: COSTA RICA MERCANTIL CO., San José

atender a las visitas, que iban a su casa a pasar un rato en sus padres. Creo que tal es la realidad de la vida de la Santa.

Pero todo eso lo hacía con gran santidad y ejemplo de la fe más viva. En esto se encuentra la diferencia entre ella y las jóvenes de nuestras familias cristianas. Abundan las "santas" para tiempos determinados, para fechas fijas; en los demás tiempos y fechas, se despojan de la dignidad de cristianas. En cambio Santa Rosa se mantenía en los efectos de la más profunda piedad y fe en todos los instantes de sus ocupaciones diarias. Tan Santa era en la iglesia como barría las habitaciones de su

casa o servía algún refresco a las personas amigas, que iban de visita a su hogar.

En aquel cuerpo flaco y enfermizo se agitaba un alma de enorme poder espiritual. Santa Rosa de Lima era una penitente, que da espanto. Ya desde sus primeros años preocupaba a su madre con las mortificaciones materiales, a las que sometía su cuerpo la joven Rosa. Parecen inverosímiles en una criatura; pero abundan los testimonios que afirman la veracidad de aquellas penitencias tan duras. La imaginación de Rosa era fecunda en hallar modos de torturarse a fin de imitar a Cristo Jesús en sus padecimientos. Con los años, fueron en aumento también los sufrimientos voluntarios a los que se sometía diariamente.

Que procedían de buen espíritu lo prueba el hecho de que cuando mediaba una orden de quien tenía autoridad sobre ella, las suprimía inmediatamente. Aunque amaba ardientemente los dolores físicos ofrecidos a Jesús paciente, mucho más amaba el sacrificio de su voluntad, precisamente en el asunto de las penitencias, que tan de su gusto eran. Al obedecer, tenía que hacer un acto de dominio de sí misma más fuerte que para castigar su cuerpo y someterlo al dolor material.

Aunque llevando una vida completamente retirada del barullo mundanal, sentía una honda preocupación por la marcha de este mundo. Ofrecía sus penitencias por la prosperidad de los Estados y de las naciones a fin de que vivieran en paz y tranquilidad. Tenía también muy presentes a los infieles, por cuya salvación lloraba ante el Señor. Los indios del Perú y los de Chile estaban siempre presentes en sus oraciones. Mientras los misioneros se internaban entre las diversas tribus infieles, Rosa levantaba sus brazos al cielo pidiendo que fueran favorecidos con el conocimiento de la fe cristiana. Sin duda que los éxitos de los misioneros de su tiempo se debieron en gran parte a aquella sencilla y desconocida joven peruana, que en lo escondido de su hogar y en el eremitorio construido en el huerto de su casa, pasaba muchas noches orando y mortificándose ásperamente por la conversión de los infieles.

¡Ejemplo vivo para todos los católicos, en especial para las jóvenes cristianas y católicas, para quienes no debe ser indiferente el estado religioso de la Patria!

P. Bernardino de Estella
O. F. M. Cap.

EN LA FARMACIA FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca.

Reflexiones Cristianas

Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera en quien se hallen: si aquellos a quienes el Señor favoreció con ellos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y su valor; pero los que se atribuyen a sí mismos la gloria

cometen una especie de mistificación. No es recomendable el que se alaba a sí mismo. Aun cuando la vanidad de alabarse no produjera más que el desprecio y la bajeza, bastaría para huirlo. ¿Qué juicio hacen de ella los hombres? El mismo alabarse uno a sí propio quita el mé-

rito a las acciones más loables, echa en ellas un borrón y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria y de un entendimiento limitado que el incensarse a sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar este incienso, y sólo huele bien al que se perfuma con él. ¿A qué fin hacer ostentación de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante se gloriase con ridícula vanidad de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplejía, una enfermedad de pocos días, una desgracia para trastornar el más despejado entendimiento, para marchitar esas pomposas flores, y para desvanecer en humo los más nobles, los más escogidos

talentos. ¿A qué fin hacernos tanto elogio de lo poco bueno que somos capaces de hacer? ¿Para qué sacarlo a luz de manera que nos pueda granjear la estimación de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin exponerlo a los ojos de todo el mundo.

Toda esa ansia de ser visto es buena prueba de que sólo trabajamos por amor propio. Si el Señor nos colocare en algún puesto donde no sea necesaria su estimación, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce a alabarnos a nosotros mismos tiene mucho de esto que se llama tontería.

La fuerza de lo espiritual se revela en un incidente de la vida misional china

WUCHOW, (NC).—Muy ajenos estaban los piratas chinos que atacaron una embarcación que se dirigía a esta ciudad desde Macao, y en la cual viajaban dos hermanas de Maryknoll, que iban a recibir una elocuente y práctica lección sobre la fuerza de lo espiritual.

Los soldados que defendían el barco fueron muertos por los piratas, quienes apresaron a los viajeros, unos cincuenta en total incluyendo las religiosas, y les exigieron la entrega de todos los valores que llevaban, así como de sus

zapatos y ropa de abrigo.

Una de las Hermanas se dirigió entonces al jefe de los asaltantes, y luego de explicarle quién era ella, le advirtió que Dios castigaría aquella mala acción que estaban cometiendo. El bandido sorprendido ordenó a su gente que respetara a las monjitas que tanto bien hacen atendiendo a los pobres y enfermos; y durante los dos días que tuvo cautivos a los viajeros les devolvió muchas de sus pertenencias.

Por fin los piratas llevaron el barco hacia la orilla del río y dijeron a los prisioneros que desembarcaran para dirigirse a pie hasta Wuchow, que no estaba sino a medio día de camino. Nuevamente intervino la Hermana Teresa para advertir al jefe que era una crueldad obligarles a caminar sin zapatos por terrenos húmedos y accidentados.

Ya sin sorprenderse, el capitán indicó a sus hombres que devolvieran el calzado robado y replicó a la religiosa: "Por favor, váyase pronto o va a dejarnos sin nada".

De: "Adelante", Panamá

SIMPLICITY

EL PATRON MÁS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

NOVELA

ción, me apresuré a rectificar, no sin sentirme un poco defraudada, pues tenía viva curiosidad por conocer a mis generosos huéspedes.

--No, si comprende usted que voy a molestarse.

--Mire usted, es que la señora no suele recibir a nadie; vive muy retirada. No es que se lo tenga a menos, ni sea orgullosa, sino que "desde la desgracia" no reina más que en sus devociones. Pero, sin embargo, voy a pasarle recado. Usted no es de la clase de personas a quienes mi señora pueda poner obstáculo en recibir.

¡Buen Mínguez, clarividente y experto! Bien había notado su ojo de criado aristocrático que la señorita y el jovencito que viajaban tan modestamente en un cochecito de turismo, pertenecían al mismo mundo que su señora. Me chocó aquello "desde la desgracia". ¿Había pasado por el castillo de Grijuela una de esas catástrofes familiares que rompen una vida? ¿Acaso, como a mi abuela, se le había muerto un hijo único y muy querido a la castellana, o es que se refería el criado a la enfermedad, ataque o accidente que tenía a "la señora" privada del uso de sus piernas?

Sentía una gran comezón por saberlo y este deseo me hormigueaba en la misma punta de la lengua; pero no me atreví a preguntarle a Mínguez ni una palabra más, temerosa de que me tachase de indiscreta y mal educada. Refrené, en consecuencia, aquellas ráfagas de curiosidad y le seguí a través de los abovedados corredores y de las escaleras amplísimas en cuyos rellanos los maniqués, con armaduras históricas, recordaban diversas gestas de la historia patria, que debía estar —por las muestras— muy unida a la de la familia que me estaba prestando tan generosa hospitalidad.

No era lujo precisamente lo que me rodeaba, ya que los descarnados peldaños de la escalinata y los recios sillares de las paredes y las bóvedas se ofrecían en toda su austera desnudez; pero tal como yo los veía tenían la augusta e imponente grandeza de la majes-

dad. Y no hay refinamiento, ni riqueza en el mundo, que pueda copiar, que pueda eclipsar este lujo sencillo y verdadero de los monumentos que narran episodios heroicos, de páginas retrospectivas, como si cada una de sus piedras fuese una lengua elocuente. A cada momento me sentía más impresionada. No fui dueña de dominarme y al fin insinué con suavidad:

—La familia de sus señores, debe ser una gran familia.

—Sí, señorita —fué la breve respuesta del sirviente.

Cruzamos una serie de salas extensas, casi desamuebladas; es decir, a mí me lo parecieron así porque, al ser tan grandes, las sillerías, los vargüeños y las mesas se perdían en su amplitud. Y, de repente, solté, impulsiva:

—Oiga usted, Mínguez... ¿es verdad lo que dice la gente?

—¿Sobre qué señorita? —contestó el hombre, parándose asombrado.

--¿Cerca de esa leyenda "del hombre que se llevó el diablo"?

--¡Ah, vamos! Sí, señorita; así se cuenta. Todos estos castillos viejos tienen su leyenda, y la de Grijuela es ésa.

—Me gustaría conocerla en todos sus detalles. Es interesante.

—¿Querrá creer la señorita que el año pasado vinieron unos ingleses empeñados por encima de todo en ver el agujero por donde dicen que el diablo se llevó a D. Pedro? Y al cabo, el señor, no tuvo otro remedio que enseñárselo.

—¿Es, entonces, verdad que existen apariencias de certidumbre en todo eso de la leyenda?

—Existe un corredor subterráneo que empieza en cierta ensambladura del zócalo de una habitación de la torre del Homenaje y que se abre apretando un resorte por cierto que, a pesar de los años en que se la ha tenido en desuso, no se ha enmohecido y funciona porque se llama la Cruz del Ahorcado y por él se escabulló don Pedro, al verse acorralado por tropas de la Reina Católica. Y por él volvió a

entrar, cuando, después de diez años de penitencia, vino de peregrinar de los Santos Lugares. Si esta cámara no fuese el cuarto de trabajo del señor, yo tendría mucho gusto en enseñarle a la señorita el lugar preciso en que se encontraba don Pedro, a la espalda del boquete negro del subterráneo abierto, cuando se apareció como un fantasma, ante los ojos de su hijo D. Inigo, el que más tarde fué capitán de la famosa escolta de los Cien Caballeros de la Reina Católica.

—Muy interesante. Mínguez. Pero, ¿cómo está usted tan enterado?

—Mire usted, señorita: en estos sitios se rumia el pasado... por decirlo así. Luego, esa plaga de "turistas", que a temporadas nos marean con su afán de verlo y de saberlo todo... El señor no ha querido negarles el acceso al castillo, y como alguien les ha de acompañar, ha delegado en mí dicha función. Ya me tiene la señorita convertido en un guía o "cicerone". Claro, que para cumplir bien mi misión, he tenido que "empollarme" todo lo que a propósito de la leyenda y de la historia de la familia cuentan los archivos de la casa.

Habíamos acabado de subir el último tramo de las escaleras que conducía al segundo piso. Una hilera de sillas de mano de distintas épocas, y estilos y labores, parecían dar guardia de honor ante una vieja y enorme puerta de arco sobre cuyo dintel pendía cierto maravilloso farol de forja y vidrio. La luz de la bombilla eléctrica encerrada tras sus vidrios esmerilados, me permitió ver en el centro del arco de la puerta, un escudo heráldico tallado en dura piedra gris, cuyos blasones no tuvo tiempo de descifrar. En cambio, vi perfectamente cómo sobre el escudo se asentaban tres coronas: dos de conde y una de ocho florones en el centro. Hubiera querido tener entre mis manos en aquel momento el Almanaque Gotha o la Guía Oficial: tal era la curiosidad que me atormentaba.

Entramos en el comedor. A uno y otro lado se abrían puertas monumentales a cuarterones y tallas y, entre una y otra, columnas con estatuas y taburetes con macetas de hortensias

en flor, daban un aspecto alegre y vívido al aposento. Hasta allí, la grandeza de tumba del pasado; desde allí la frivolidad móvil y animable de la vida.

Una de aquellas puertas estaba abierta y sus cortinajes replegados a ambos lados permitían ver la tonalidad verde de una lámpara eléctrica colocada sobre recia mesa renacimiento. Mínguez, me anunció con un lacónico:

—La señorita.

Y entré. El aposento era de dimensiones ordinarias; un saloncito con dos ventanales de alto abajo, con vidrios de colores que representaban escenas guerreras. La fría desnudez de las paredes se cubría con antiguos paños de Arrás, magníficos y en muy buen estado. Había una gran chimenea de piedra tosca, la cual daba fuerte sensación de vacío al mostrarnos el llar sin troncos llameantes, ni suaves rescoldos; pero esta sensación estaba suavizada por la nota artística de varios tiestos de geranios floridos que ofrecían toda la gama de los escarlatas, con sus pomos apretados, y que alguna mano femenil, sin duda, había colocado sobre la plancha sin fuego. La crudeza del áspero piso de losas, estaba atenuada por fina estera de juncos color marfil. Los muebles eran del más puro estilo renacimiento, pero las exigencias de la vida moderna, tan amante de la comodidad, habían introducido algunos otros completamente "del día", los cuales se mezclaban en simpática llaneza con los antiguos, dando a la curiosa habitación una nota muy original.

Resumiendo la impresión que experimenté al cruzar los umbrales, diré que me metí en un verdadero *home*. Una niña, de largos tirabuzones rubios atados en la nuca con lazo de terciopelo negro, que estaba sentada al piano, paró de tocar y giró sobre el tornillo de su taburete hasta ponerse frente a mí, mirándome con sus ojos azules, muy cándidos, mientras se ponía en pie, con corrección de colegiala que tiene muy presentes las lecciones de urbanidad. Junto a mí, gruñó al pasar yo, un "pomerania" de sedosas guedejas grises, es-

tupendo ejemplar que dormitaba sobre blando y bonito almohadón.

A la luz de la potente lámpara con pantalla verde almendra, una señora leía devoto y piadoso libro, mientras a su lado y sobre la misma mesa cuyo tapiz había apartado, la segunda edición morena de la niña que tocaba el piano cuando yo entré, interrumpía el calcado de un complicadísimo dibujo de Lagartera. No dudé un momento de que estaba en presencia de las dos gemelas; se parecían extraordinariamente a pesar de sus distintos tipos de belleza, porque, eso sí: son bonitas como un sueño.

En cuanto a la señora, no conservaba rasgos de mayor hermosura, pero tenía en toda ella esa gracia amable que conquista la voluntad con mágico secreto y no había que mirarla más que un instante para comprender que el oleaje del dolor y el torbellino de la desgracia debieron conturbar sus días apacibles. El cabello entrecano, el afinado semblante de cuantos aceptan la tribulación, el dolor y las lágrimas con merecimiento de predestinados; como los aceptaron los mártires, las vírgenes y los santos.

Vestía, igual que mi abuela, un hábito negro con correa y escudo, sin más alhajas que un brazalete cuya sola vista me sumió en irremediable perplejidad, porque era exactamente idéntico al que abuelita me regalara días atrás precedente del joyero de los Sacromoro. Sin embargo, no tuve tiempo de extenderme en reflexionar sobre este pormenor, porque ya la señora, requiriendo sus muletas, se disponía a ponerse en pie para salir a mi encuentro, cosa que yo evité acercándome inmediatamente a ella y saludándola con un afecto que me sorprendió a mí misma. Pero el caso fué que una intensa simpatía me ganó el corazón en cuanto me eché a la cara a esta mujer y que a los cinco minutos las dos gemelas que me había presentado con los nombres de Guiomar, la rubia y Leonor, la morena, añadiendo que eran sus hijas, se sentaban tan cerca de mí que rozaban mis rodillas con sus trajecitos de batista color rosa pálido y la conversación que

fluía sin esfuerzo entre la señora y yo era de todo punto cordial y expansiva, como si toda la vida nos hubiésemos conocido y volviéramos a vernos después de larga ausencia. Lo primero que salió a colación, naturalmente, fué nuestro percance.

—Ya le he dicho a Mínguez que mañana, apenas amanezca, envíe dos mozos con un par de mulas, para remolcar el coche hasta el patio del castillo; y una vez aquí, si la avería es de mucha consideración y su chofer no puede arreglarla, será cuestión de hacer venir un mecánico de cualquier taller de reparaciones —ofreció amablemente la señora—. Nosotros conocemos uno en Cáceres, donde hay personal competentísimo; allí nos arreglan el coche y los tractores cuando se desbaratan.

—¡Cuánta molestia! —objeté—. Quizá hubiera sido preferible dejar el "auto" en la catretera y telefonar al Coto del Encinar— si es que hay teléfono allí— para que envíen a recogerlo.

Al oírme nombrar el Coto del Encinar, la señora levantó vivamente los ojos hasta clavarnos en mí, con súbita atención.

—¡Ah! ¿Conoce usted a alguien en el Coto del Encinar?

—Soy parienta de Adelaida Fajardo. Precisamente, debía estar a estas horas comiendo con ella, si no hubiera sido por ese estúpido accidente. . . Ahora que, después de todo, no lo lamento, porque a no ser por él no hubiera quizá tenido la satisfacción de conocer a ustedes y de admirar este castillo fantástico. . .

—¿Le parece a usted fantástico el castillo? —sonrió la dama.

—Vé eso que no conoce usted ninguna de las leyendas con que lo adorna la gente —se echó a reír Guiomar, la rubia.

—Mañana se lo enseñaremos a usted —ofreció la morena.

—Es muy antiguo y se conserva muy bien. Quizá sea ése su único y principal mérito, a parte del indiscutible valor histórico, Grijuela es de las moles de piedra que tienen alma. Por lo demás, a mí me encanta porque es mi casa; yo no salgo de aquí desde hace diez años y

me he acostumbrado al ambiente de tal manera que no parece sino que haya nacido en él; pero sin el contratiempo de su coche, o sin él, seguramente nos hubiésemos conocido igual, pues Adelaida Fajardo, cuando viene al Coto, me visita con frecuencia y suele traer con ella a sus invitados para que recorran el castillo. ¿Va usted a pasar una temporada en el Coto?

—Por lo menos hasta Todos los Santos, si luego nos empalmamos hasta Navidad, porque Adelaida ha de realizar obras y no sabemos lo que podrán durar. Y como quiere que la acompañe.

—¿No se aburrirá usted tanto tiempo allí?

Al decir esto, la señora me examinaba en ojeadas rapidísima. Seguramente mi vestimenta de viaje, muy sencilla, pero muy refinada, y todos los pormoneros de mi atavío le sugirieron la idea de una clase de vida demasiado frívola y mundana para que yo pudiera sentirme mucho tiempo a gusto en un desierto como sería el Coto en cuanto se acabase la temporada de caza.

—Yo no me aburro en ninguna parte —me apresuré a rectificar—. Además, estoy acostumbrada a llevar una vida bastante quieta. No tengo padres, vivo con mi abuela paterna, la marquesa viuda de Serralba... que es una señora entregada por completo a sus devociones; completamente apartada del mundo...

La dama había concentrado nuevamente en mí toda su atención, que me pareció intensificarse al oír nombrar a mi abuela.

—Entonces, usted debe ser hija de Vicente Serralba —sonrió.

—Sí.

—Pues mire usted por dónde resultamos también parientes. Mi marido, Pedro Hervás —el duque de Hervás o el conde de Logrosán, como quiera llamarle porque de cualquiera de las dos maneras le llamaban todos— era primo segundo de su padre de usted. Pariente también de su abuela de usted, que es una Serralba.

—Sí; abuelita y su marido eran primos también.

—Bueno: de todo lo cual resulta que tú —

porque vas a permitirme que te tutee— eres tan parienta mía como de Adelaida Fajardo.

Yo, casi no oía lo que estaba diciendo, con sincero alborozo, la buena señora. Unicamente martilleaban en mis oídos aquellas palabras oídas días atrás, ya no recuerdo a quien, acaso a Jaimito Pimentel o a Genoveva Ordague; palabras que hablaban de una herencia, la de los Sacromoros; herencia que esperaban compartir con nosotros los Hervás y que merced al suicidio de Pedro Hervás y a la locura de Sacromoro, hubo de venir a parar a nuestras manos. Recordaba también que los Hervás no eran ricos; que un hijo —aquel Pedro Luis, tenido que renunciar a su carrera y ponerse a administrar sus tierras patrimoniales, como buen labrador, para procurar el mayor bienestar a su madre y sus hermanas; y, sin embargo, cuando mi padre o mi abuela, o los dos juntos, quisieron partir con ellos la herencia de tío Abilio, Pedro Luis se negó en redondo, lleno de altivez.

—No sabes lo que yo me alegro de conocer, hija mía. Aunque hace muchos años que no nos tratamos, yo no he olvidado a tu abuela. Siempre la quise mucho. Después, claro; al ocurrir la tragedia de la muerte de mi pobre marido y retirarme a Grijuela, las relaciones se fueron enfriando. Para postres, me dió este ataque que me ha dejado paralizadas las piernas, imposibilitándome de ir a ningún sitio; pero tu abuela bien hubiese podido venir a verme... Ella debe saber cómo estoy yo...

A este cariñoso reproche, no supe qué contestar; me sentía en una situación violenta y falsa e iba teniendo la intuición de que, pese a todas las aseveraciones de Jaimito, entre los Serralba y los Hervás debía de haber pasado algo muy gordo. Este "algo" mi abuela no lo ignoraba, pero la de Hervás, seguramente sí porque hacía alusión a mi abuela con absoluta naturalidad.

—Abuelita está muy chafada, tía... ¿me permite usted que la llame tía?, y tampoco sale a ningún sitio. Ya ve usted, a mí me

(Continuará)

La Dispersión de los Apóstoles

Había llegado la hora de que los apóstoles cumplieran con el mandamiento que Jesús el Divino Maestro les había dado de ir "por todas las naciones" para enseñar a las gentes, lo que El les había enseñado y bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a fin de que entraran en el camino de salvación.

Les había dicho el Maestro, que primeramente serían sus testigos en Judea y en Samaria, y ya lo habían hecho, sufriendo ya uno de ellos el martirio en la misma Jerusalem, Santiago el Mayor, como ya hemos dicho. La Iglesia madre de Jerusalem estaba organizada y a su cabeza, como primer Obispo se encontraba Santiago el Menor. La Samaria había sido evangelizada por el diácono Felipe, y visitada frecuentemente por Pedro, que era mirado desde entonces como el Supremo Pastor de toda la Iglesia, conforme a la institución de Jesucristo. Probablemente por una orden especial de Jesucristo, quien debía frecuentemente aparecerse a su vicario, había establecido en Antioquía su primera Cátedra, conforme a una tradición antiquísima en la Iglesia.

A las doce, que formaban el Colegio apostólico, el Señor había unido directamente a Pablo de Tarso, para que él comenzara la evangelización del mundo pagano, y éste se había unido con la aquiescencia de los demás Apóstoles a Bernabé que también es llamado apóstol, sin pertenecer a los primeros doce; por un poco de tiempo, a Juan Marco, y después a Timoteo y a Tito, estableciendo diferentes iglesias por toda el Asia Menor y las islas.

Con motivo de esta admisión de los gentiles de la Iglesia sin pasar por las ceremonias de iniciación del judaísmo, se había suscitado la controversia de Antioquía, que se resolvió dogmáticamente, en el primer Concilio de Jerusalem, en el que reunidos todos los apóstoles, incluyendo a Pablo y a otros primeros discípulos, dieron con su decisión el último golpe

al judaísmo declarando que la ley nueva, es decir, el Cristianismo lo sustituiría con ventaja.

Estando así ya la Iglesia naciente, en franco período de organización, los Apóstoles a los que, antes que a Pablo, el Señor había ordenado predicaran por todo el mundo, se dispusieron a cumplir el soberano mandato.

Una tradición, que San Clemente de Alejandría recoge en sus escritos, refiere que Jesucristo había dicho a sus apóstoles antes de subir al cielo estas palabras: "Si alguno de Israel quiere hacer penitencia y creer en Dios conforme a lo que yo os he enseñado, sus pecados le serán remitidos; pero después de DOCE AÑOS saldréis de Jerusalem para dispersaros por el mundo, a fin de que nadie diga: Nosotros no oímos la palabra (de Dios)".

Estas palabras, así textuales, no se encuentran en el Evangelio y quizás Clemente de Alejandría las tomó de algún apócrifo, lo cual no quiere decir que no sean el reflejo de una real orden de Jesucristo. En el Evangelio, solo se encuentra la orden general, de "ir hasta las extremidades del mundo" a predicar, sin fijar fecha ninguna. Pero es cierto que poco antes de la Pascua del año 42, es decir doce años después de la Ascensión del Señor, ya los apóstoles habían salido de Jerusalem, pues sólo en el libro de los Hechos, se habla en ese año de tres: Santiago, que iba a perecer a manos de Agripa en ese año, Pedro que aprisionado por el mismo Agripa fué libertado por el Angel, y Santiago el Menor, que quedaba como Obispo de Jerusalem.

Según una crónica de Alejandría fué San Pedro mismo el que entronizó a Santiago antes de partir para Roma, pero los primeros martirologios romanos dicen que fueron los doce Apóstoles antes de partir, los que lo consagraron para Jerusalem. En algunos martirologios se encuentra el 15 de julio señalada la fiesta de la *Dispersión de los Apóstoles*.

Con excepción de lo relativo a tres: Pedro,

Juan y Santiago el Menor, no sabemos por documentos detallados y fidedignos las regiones a que se dirigieron los demás.

Tenemos que contentarnos con las tradiciones de diferentes Iglesias, que atribuyen su fundación a uno u otro de los Apóstoles, para saber su campo de evangelización.

De *Santiago el Mayor*, la tradición de la iglesia española le atribuye a este apóstol, la primera predicación del Cristianismo en España, aun antes de la total dispersión de los Apóstoles y poco antes de su martirio, que según dice la misma tradición, acaeció precisamente cuando volvió de España, a Jerusalem para la celebración de la Pascua del año 42.

Orígenes, refiere que *San Andrés* evangelizó la Scitya, en las márgenes del Danubio y del Mar Negro, llegando hasta el río Don, por lo que es el primer evangelizador de la futura Rusia. Cumplida allá su misión de apóstol de los escitas, vuelve al mundo greco

romano, entrando por Tracia, para descender de allí a través de Macedonia y Epiro hasta la Acaya en donde fué martirizado en la ciudad de Patras cerca del golfo de Lepanto. Es pues también evangelizador de Grecia.

Eusebio refiere que *Santo Tomás* se dirigió al país de los Partos, y parece que evangelizó la Persia, y según Rufino, parece que fué martirizada y sepultada en Edesa. Pero otra tradición lo presenta como el evangelizador de la India oriental, lo que confirma una inscripción de Oodeypura en esa India oriental, y el que los cristianos primitivos de la India, son conocidos en la historia con el nombre de "cristianos de Santo Tomás". Muchas veces se ha escrito que este Santo Apóstol, llegó a América y aun lo confunden con el famoso Quetzacoatl de nuestra historia. Pero tal versión no tiene absolutamente ningún fundamento sino el que a nuestra América se le llamó como sabemos las Indias Occidentales.

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

y Sto. Tomás pasa por ser evangelizador de las Indias.

De *San Mateo*, escribe Clemente de Alejandría, que después de haber predicado quince años a los hebreos, se fué a convertir a los paganos. Sócrates y el Breviario Romano, afirman que fué a Etiopía, donde fué martirizado.

San Matías es confundido frecuentemente con San Andrés, y parece que predicó en Etiopía también y allí fué martirizado.

En la India también, o por mejor decir en Armenia, un filósofo alejandrino llamado Pantheno encontró un evangelio de *San Mateo*, que había sido llevado allá por *San Bartolomé*. Por consiguiente este apóstol fué el evangelizador de Armenia y allí fué martirizado.

El breviario romano asocia en una misión en Mesopotamia a *San Simón* y *San Judas*. También debieron evangelizar la Persia, y San Simón más particularmente el Egipto, y la costa norte del Africa, pero los bolandistas califican de fábula, el que como se refiere a veces este apóstol, evangelizó también la Gran Bretaña.

Más seguridad hay en el campo de acción de San Felipe, quien evangelizó ciertamente la Frigia, allí fué martirizado y fué enterra-

do en Hierapolis.

De *San Pablo* se pretende que también fué a España, pero no hay ninguna certeza sobre ello. Lo que sí es cierto y lo refieren los Hechos de los Apóstoles es que fué a Roma. Allí fué martirizado y está su sepulcro.

De *San Pedro*, ni duda racional cabe, que fué a Roma, donde estableció la Cátedra Pontificia, trasladando a ella la de Antioquía. Allí predicó, vivió en las catacumbas y fué martirizado por Nerón. Su sepulcro como el de su Maestro Jesús, es glorioso. Está bajo las espléndidas bóvedas de la Gran Basílica de San Pedro, en la Colina del Vaticano.

San Juan finalmente se trasladó a Efeso, llevando consigo a María Santísima, que le había confiado en la Cruz el Divino Salvador, allí escribió el Apocalipsis. Fué el último de los apóstoles en morir, y aunque no murió mártir, si sufrió el martirio como lo demuestra la antiquísima solemnidad de San Juan Ante Portam Latinam, lo cual también quiere decir que estuvo en Roma y allí sufrió ese martirio, del que salió ilseo.

Santiago el Menor, después de regir más de veinte años santamente la Iglesia de Jerusalem, murió martirizado a la edad de 96 años en el año 62 de nuestra era.

Joaquín Cardoso, S. J. de: "Unión" México.

Muerte de "cheve" un humilde Terciario

Por Fr. José F. de Guadalupe, O. F. M.
(Antes José Mojica)

Muerta mi madre, mientras yo cumplía un contrato en la Opera de Chicago, retorno a

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

México y vuelvo a San Miguel de Allende.

La gran casa parece vacía y ahora, más que nunca, me desgarran el ánimo vivir en el mismo lugar donde pasé tantos días de dicha con mi madre y mis parientes.

Ahora sí que hay ocasión por mi luto, de retirarme a una vida de sencillez y pobreza, de continuo contacto con las cosas naturales, de vuelta a la sana claridad de los campos, a la pureza de la vida, tal como Dios la hizo no como la han hecho los hombres.

Esta vuelta a lo primitivo y sencillo la deseo no para descanso o contraste, sino para toda

la vida que me queda, y así lo hago.

Hay en la parte más alta y alejada de la Granja, un estudio, el cual fué hecho sobre las ruinas que yo transformé en dulce retiro para mis necesidades y aficiones espirituales y artísticas. Este lugar apartado entre árboles y yedras, cercano a un gran estanque de agua limpia que sirve para almacenar aguas de riego y a la vez piscina al aire libre, he conocido las horas de verdadera paz durante mis años en San Miguel.

Allí me instalo diciendo adiós a la casa grande, que la miro ahora como un museo de recuerdos bellos, pero con el firme propósito de jamás usarla como habitación para mí.

Cheve es, desde ese día, mi criado y compañero. Comienza a vivir la más perfecta vida que hasta entonces he conocido. Leo, pinto, y asisto a mis deberes y devociones en el templo y sólo muy contados amigos, la mayor parte sacerdotes o terciarios, me visitan.

Una criada que vive en una casita cercana al estanque, es la que cocina y lava la ropa, Cheve ha resultado un criado ideal y un compañero al cual trato de ilustrar y juntos pasamos días que se inician comulgando juntos en el templo, para después hacer largos paseos por el campo acompañados de los perros. Tenemos uno muy lindo de raza policía que estamos enseñando a salvar vidas. Es chico todavía; se llama "Apache" y es una inteligencia notable. Lo echamos al agua tras de uno de nosotros que nada para que lo saque tirando del pelo o de la ropa hasta el borde del estanque.

Al servicio extraordinario y puntual de Cheve une éste una continua alegría y fidelidad casi filial, pues parece que adivina mis menores deseos y al mismo tiempo, tiene un tino instintivo para retirarse cuando es conveniente, guardando siempre la reverente distancia. Duerme a la usanza campesina sobre limpias esteras —"petates" —en el suelo, en un abrigado rincón del estudio junto a la chimenea, y siempre, antes de acostarse, rezamos juntos la Corona. En la mañana, temprano cuando despierto, ya está el fuego en-

cendido y el agua caliente. Todo lo ha hecho sin el menor ruido y aunque ahora uso ropas de campo, las tiene siempre en perfecto orden.

Estamos en plena primavera y la vida es transparente, pura, bella y fácil. Dios quería todavía llevarme a mayores perfecciones y hacerme conocer cosas mejores, pero antes, tenía que probarme y fué la prueba así:

Recibí una carta de un buen amigo mío, que también es terciario, con la noticia de que emprendía un viaje al Perú como representante del gobierno de México a un Congreso de Lima, y acompañaba a su carta la invitación de que asistiera yo con él, como representante del Ateneo de Ciencias y Artes de México, trayendo una condecoración para el Vicepresidente de la República. En su misma carta me enviaba el nombramiento y por razones de obligación, no podía yo negarme; aparte de que el viaje prometía ser de tres meses a lo sumo.

Todo se decidió en un vértigo que me desagradaba y el día en que me despedí, Cheve se quedó desolado, acompañado de la cocinera, mientras yo bajaba la ladera. Ambos lloraban.

De pronto, Cheve se desprendió de la puerta y corrió a alcanzarme; y tomándome de una mano me dijo: —¡Señor! Lo vamos a extrañar mucho.—Yo, conmovido, quise animarlo y le dije: —Unos meses pronto se pasan, Cheve; ya verás cuando vuelva, cómo nos vamos a divertir. Mientras tanto, estudia tu libro, atiende a mis tías y no dejes de entrenar al "Apache" a salvar vidas. Diario le enseñas zeh? —El asintió a todo, siempre con lágrimas en los ojos y besando mi mano me dijo: —Que Dios lo bendiga, señor, rezaré porque le vaya bien en todo.—

Cuando llegué a la parte baja, volví la vista y todavía estaba allí el muchacho inmóvil mirándome de lejos. Su vida feliz se había derrumbado en un momento. Era quizá su primer gran dolor. Para mí, sólo una despedida más.

Estando en México, arreglando pasaportes y transportación, me llamaron por teléfono urgentemente porque acabava de pasar algo en la Granja. Un incidente.

Finaliza en el próximo número

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

Tomates al horno.—Se vacían los tomates con cuidado y se llenan con arroz bien preparado; se les ponen encima unas tiritas de jamón y se meten al horno con calor regular hasta que estén cocinados.

Piña a la crema.—Se corta la piña en pedacitos pequeños, bananos en rueditas, se azucarar un poquito, y se cubren con crema de leche fresca, batida y azucarada un poquito. Se pone en la nevera una hora antes de servirla.

Dulce de naranjas.—Se pelan bien seis naranjas bien dulces; se cortan en pedacitos, se azucarar un poco, y se colocan en una compotera; se bate medio litro de crema de leche fresca y se azucara un poquito; se vierte esta crema sobre las naranjas y se adorna con ronddeles de naranja y galletitas bien finas.

Arvejas en mantequilla.—Se ponen a cocinar las arvejas en agua con sal; cuando están bien suaves se les saca el agua y a las arvejas se les echa una cucharada de mantequilla, sal y un poquito de azúcar, y se sirven inmediatamente.

Elotes frescos al natural.—Se ponen a cocinar elotes bien frescos en agua, con poca sal, y se les ponen unas dos cucharadas de azúcar; cuando están cocinadas se retiran del fuego y se les quita la hoja última en que se cocinaron y se colocan sobre un platón y sobre una servilleta se sirven con mantequilla.

Fresas servidas a la crema.—Se bate crema de leche bien fresca, pero teniendo cuidado de que no se corte; las fresas se colocan en una compotera, se azucarar un poco; a la crema se le pone un poquito de azúcar y se vierte la crema sobre las fresas y se sirven.

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE: magníficos géneros de lino para manteles, crudo muy ancho. Y crudo con cuadros de colores. Géneros para cortinas. Tela plástica para capas, etc. Hilos de toda clase para bordar y gran surtido de lanas para tejer.

Ayer Soldados y Hoy Misioneros

Apenas desmovilizados, más de 200 jóvenes norteamericanos, acaban de solicitar su ingreso en el Instituto de las MM. EE. de Mariknoll (EE.UU.). La mayoría de ellos se han decidido dar paso tan trascendental, atraídos por la abnegación de tantos veteranos misioneros, cuya magnífica empresa han podido admirar, en los mismos campos de batalla, particularmente en las innumerables islas del Pacífico. Actualmente, todas las casas de formación

del mencionado Instituto, se hallan repletas de futuros evangelizadores. Ya en septiembre pasado, fueron emitidos 328 aspirantes. Las solicitudes de ingreso para el año en curso —aún sin contar los 200 combatientes— son todavía más numerosas. Tales vocaciones serán doblemente preciosas para colmar los huecos que la guerra provocó en las filas de los mensajeros de la paz. (Fides).

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica